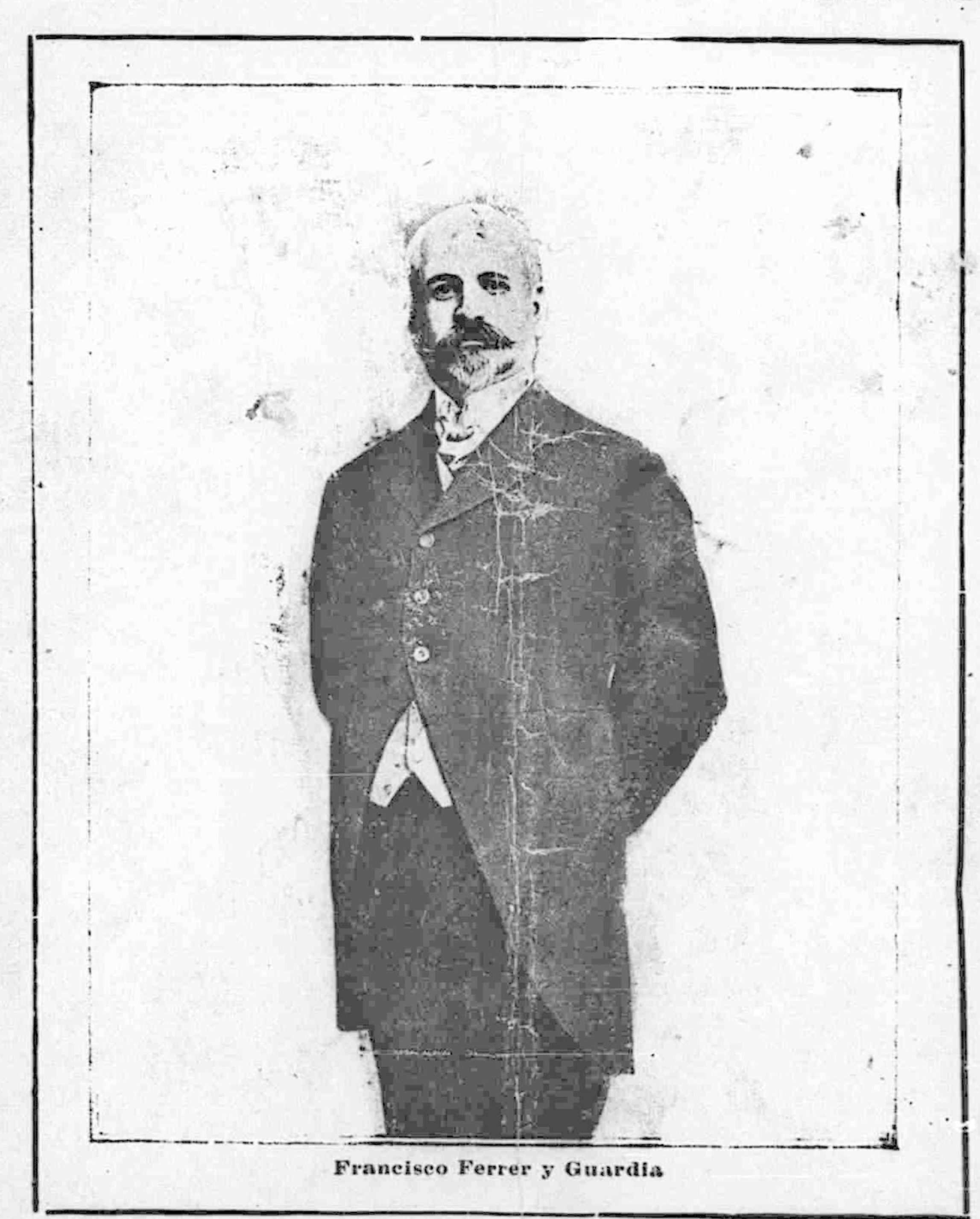
Vía Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

OCTUBRE
1919
Año 1. — Núm. 1



Francisco Ferrer y Guardia

PRECIO 0.20 cts.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I.	Buenos Aires, Octubre de 1919	Núm. 1

VIA LIBRE

Es el sueño de una humanidad superior.
Es la aspiración ideal del hombre libre.
Es el camino ascendente del artista.
Es la marcha marcial de los trabajadores.
Es el empuje instintivo de la juventud.
Es el éxtasis infinito de los luchadores.
Vía libre:
Sin tropiezos, sin escollos, sin puntales.

Solos, en marcha triunfal hacia la meta soñada un día por los precursores del ideal.

Solos, en medio de la sociedad de eunucos en que vivimos, abriéndonos cancha, con el pecho, con los puños, con el cerebro.

Hacia la Sociedad futura, hacia la Ciudad del buen acuerdo, hacia el Eden anhelado, nos encaminamos sonriendo, los Rebeldes de todas las edades.

Y las figuras de la historia, de nuestra historia, se nos presenta a nuestra vista.

Bakounine, Reclús, Luisa Michel, Salvochea, son nuestros maestros.

Y los mártires: Pisacane, Parsons, Spies, Fielden, Lingg, Engel, Francisco Ferrer, Rosa Luxemburgo y Carlos Liebecknet son nuestros padres.

Y nuestros hermanos, hermanos en el ideal y en el dolor, son todos los que con nosotros luchan y esperan...

A todos saludamos, a nuestros muertos y a nuestros vivos.

Y a todos prometemos nuestra incondicional adhesión, nuestro sincero cariño.

A los demás... nuestra indiferencia y nuestra irónica sonrisa...

Los Redactores.

Las càrceles

A LOS JUECES:

Que si creyérais poder detener el camino de las ideas de redención social con los años de reclusión; si os declaráseis competentes para juzgar las imprescriptibles manifestaciones del humano pensamiento que trabaja para la paz y la felicidad de los hombres; si os determinaríais a sellar las frentes serenas de aquellos íntegros trabajadores con el estigma de una creída infamia, ¡oh! entonces, acordaos ¡oh jueces! de estas mis últimas y honradas palabras: Por encima de vuestra sentencia está la sentencia de la Historia; por encima de vuestros tribunales está el tribunal incorruptible del porvenir.

Abogado Pedro Gori.

Echad una mirada por entre esas tristes murallas donde está encerrada la libertad humana, cargada de hierros; donde lo más frecuentemente gime la inocencia en tanto que el gran delincuente goza impune, y donde se sufren todos los suplicios.

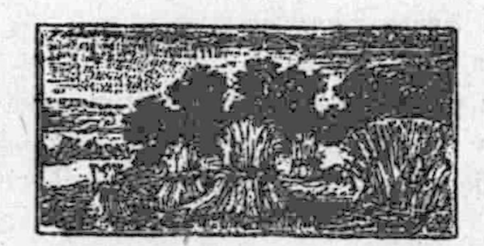
Acercáos, y si el horrible ruido de los hierros, si las espesas tinieblas, si los sordos gemidos, helándoos el corazón, no os hacen retroceder llenos de espanto, entrad en esa mansión del dolor, descended un momento a esos obscuros calabozos donde no penetra la luz del día, y contemplad a vuestros semejantes, medio cubiertos de harapos, respirando un aire infecto, no renovado jamás; roídos en vida por los mismos gusanos que devoran los cadáveres en las tumbas; alimentados apenas por algunas groseras substancias, distribuídas en cantidad insuficiente; consternados por los males de sus compañeros y amedrentados por las incesantes y brutales amenazas de sus carceleros sin corazón, menos asustados del suplicio que atormentados por su espera.

Y si todo esto que pasa en las cárceles es horrible, aun tratándose de desgraciados, víctimas de este desorden social, empujados al delito, ¿qué no será en el caso contrario? Un hombre nacido libre es aherrojado. Un padre de familia es arrancado violentamente de los brazos de su esposa y de sus hijos. El duelo, la desesperación y el hambre invaden su antes tranquilo hogar; sus brazos, que estrecha-

ban con amor una amante esposa y tierna prole; sus brazos, que le procuraban la subsistencia, que sembraban y recogían, son indignamente atados; un corazón puro y sin tacha late en esos tenebrosos lugares del remordimiento; la inocencia, en una palabra, cohabitando con el delito.

¡Ah! Al considerar esto, un gemido se escapa del fondo del corazón, maldiciendo la condición humana, y no puede menos de exclamarse:

—¡Oh, hombre! ¡Cruel destino es el tuyo: sufrir y morir: he aquí el medio y el fin de tu carrera.



Un país en revolución es como el bronce que se funde y purifica en el crisol.

La estatua de la libertad no está aún vaciada. El metal está hirviendo.

Danton.

El clero está de pié

AL PUEBLO TOCA PONERLO DE RODILLAS

El clero está de pie. Ante el despertar de la conciencia proletaria, ante la amenaza de una revolución económica, los obispos de la república, reunidos en solemne congreso, han deliberado la salvación social, mediante la pronta y oportuna ayuda a la clase menesterosa de la sociedad, ayuda que deberá exteriorizarse con el desprendimiento de los adinerados, con la prodigalidad, con la acción conjunta de todos los capitalistas, a fin de aplacar la rabia vil de la plebe, a fin de acallar la bestia que todo hombre lleva dentro de sí y detener la avalancha tormentosa de la revuelta popular.

Y como *instrumentum regni* se ha encontrado el remedio: Discursos temblorosos y trágicos de monseñor de Andrea. Colecta nacional. Derrumbe de conventillos. Hogar obrero, cocinas populares, leche gratuita, asilos nocturnos, y, la mar... para que la felicidad reine soberana en tierra argentina.

Y de Andrea ha cumplido a maravilla su cometido: en una arenga dada en la Catedral, a la que pudimos asistir, hemos contemplado desmayos de damas, caras espantadas de caballeros, muecas inconscientes de niñas, sonrisas burlonas de imberbes y suspiros dolorosos de viejos.

La civilización argentina se desmorona por obra y gracia del maximalismo, ponzoña judáica y herético veneno de los incrédulos.

La clase rica por sí sola es incapaz de detener la ola tempestuosa que se avecina; la clase rica debe, sin mezclarse, contribuir a la obra de los sacerdotes, de los siervos del señor, los que reunidos, por inspiración divina, recibieron del paraíso la orden de encarrilar el rebaño humano.

Y la orden consistía en que ya que los continuadores de Cristo habían desviado el camino al separarse de la recta senda, era menester dar al pueblo algo de lo que ellos no habían querido desprenderse, como lo había predicado el hijo de Dios en la tierra, y por cuya prédica abrazó la cruz del Calvario.

Las palabras de consuelo y de resignación no bastan para calmar al rebaño. El rebaño, hambriento, quiere pan, quiere bienestar, quiere un hogar. No entiende eso del sufrimiento en la tierra para obtener el gozo eterno en el cielo, igual como nunca lo han entendido los sacerdotes de Cristo, los que escandalosamente han traicionado al maestro.

Y ya que se ha descubierto el engaño, se impone cambiar de táctica y poner de nuevo en vigor el salvador remedio de los reyes bombas, que consistía en las famosas tres fff, «Festa, farina e forca.»

Bailad pueblo, los frailes os darán la música.

Atragantaos hambrientos, los frailes os darán el jergón para dormir el sueño del empacho.

Y mientras se baila, se come y se duerme, el verdugo hará su entrada triunfal en la mansión de la muerte.

Vuestro cansado y pesado cuerpo impedirá toda grita y toda protesta.

Y los burgueses, los explotadores, los aventureros, acompañando el sonido de la enervànte cítara, cantarán el hosanna a la América generosa, a la Argentina encantada, que permite así muellemente amontonar oro, crear personalidad, surgir raza y levantar desde el barro el moho de la roña hecho incienso embriagador.

¿Triunfará el clero? ¿Surgirá de nuevo, desde el polvo, la potencia diabólica del jesuitismo, a dominar sobre el triste mundo de los humanos?

La burguesía impotente y en decadencia así lo quiere, así lo desea.

¿Permitirá el pueblo tal fatídico resurgimiento?

No lo creemos.

Por sobre el hogar obrero, por sobre las comodidades, por sobre la abundancia, está la dignidad humana que se rebela constantemente contra toda imposición, está la libertad del hombre que reclama su reino, está la vida misma, que no es quietud, que no es engaño, que no es sueño, que no es cobardía; que es, en cambio, lucha, peligro, movimiento.

El clero está de pie. La burguesía aguarda con ansia la gestación de los sacerdotes. La burguesía se recoge nuevamente en el seno de la iglesia, como el pecador arrepentido.

La víctima elegida, ruge ante la inminencia del peligro, pero aún no está acorralada del todo, aún puede dilatar su campo y envolver hábilmente al siniestro victimario.

El pueblo puede rehusar las migajas que se le brindan.

Puede y debe.

El clero está de pie. Al pueblo toca ponerlo de rodillas.

Así lo deseamos nosotros, los iconoclastas eternos por razón humana y racional.

¡Qué así sea!

Terminábamos de corregir las pruebas, cuando nos llega un vibrante manifiesto de "La Federación Univeristaria de La Plata", a cuya iniciativa con todo entusiasmo nos adherimos, respondiendo así a la invitación que se nos hace a nosotros que nos consideramos parte integrante del pueblo, y con ideas absolutamente definidas.

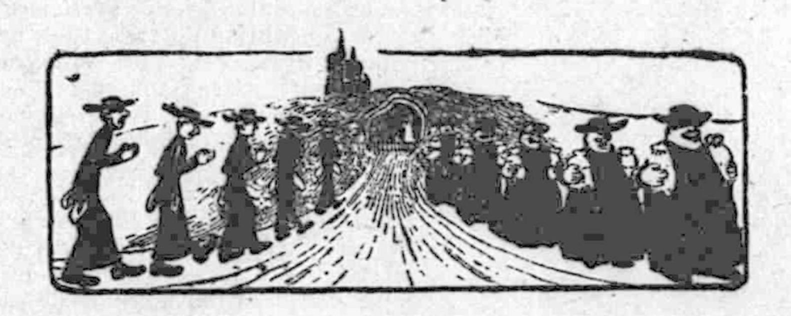
Transcribimos algunos párrafos de ese importante documento por considerarlo de suma trascendencia para la orientación del pueblo ante este gran cuento de los frailes.

"Horas de agitación social estamos viviendo. Un estremecimiento recóndito anuncia que en la entraña de la sociedad argentina están concentrándose poderosas fuerzas que, al expandirse, han de ocasionar el derrumbe de los carcomidos muros. Honda a la vez que firme es la inquietud que conmueve el alma nacional; inquietud que, sustentada en grandes esperanzas, nos ha de llevar a la realización de gloriosos destinos. Ya la Universidad, por gracia de una juventud pensadora y serena, vió madurar bajo sus pórticos el ansia de renuevo y acelerando el paso alcanzó el ritmo de la civilización moderna; y no ha de transcurrir mucho tiempo sin que las multitudes proletarias levanten su voz, clamando una mayor justicia social. Y a pesar de presentirse el clamoreo reivindicatorio, a pesar de saberse que algún día el pueblo ha de arrojar la carga para exigir la equidad colectiva que liberte al hombre, nuestros gobernantes, por negligencia o impericia, someten a la sabiduría del tiempo la solución de tan grandes problemas. Es menester anticiparse a los hechos, continuar la marcha progresiva, para que luego el paso no sea brusco. Pero nuestros gobernantes tienen por norma anteponer las conveniencias personales o de partido a los altos deberes de la propia investidura; y eso se debe a un extraviado concepto de la responsabilidad y del patriotismo. No se tiene la intuición del porvenir; se vive en el pasado y se contempla el presente. Esto trae como consecuencia el estancamiento del progreso social que, ante el avance de los otros pueblos, significa un retroceso.

"La clase aristocrática del país, convocada por la iglesia católica, ensaya una solución al respecto. La enunciación de sus ideas en un manifiesto insolente y huero, es la más rotunda demostración de su absoluta incapacidad para afrontar la empresa. Según los improvisados sociólogos y estadistas de la Gran Colecta Nacional, todo quedará resuelto con recolectar unos cuantos millones para luego tapar la boca y aplacar el furor del pueblo hambriento. El pueblo que sufre y que trabaja no debe aceptar esa limosna. En estos momentos en que se anuncia el despertar de la justicia, nadie puede

permitir, sin desmedro de la propia libertad, que se le otorgue por conmiseración lo que le corresponde por derecho.

"La Federación Universitaria de La Plata ve en esta actitud de la iglesia católica un profundo desconocimiento del concepto básico de la realidad social; considera temerario para la paz pública resucitar el ideal del estado socrático, en un país donde la reacción religiosa fué definitivamente abatida, obligándola a refugiarse en las arcas de nuestros millonarios; y presintiendo un despertar violento del espíritu obrero, se apresura a señalar como responsables del mismo a los que pretenden consolidar el orden con doctrinas y procedimientos caducos."



Envenenáis al pueblo, y no queréis que se retuerza al dolor del veneno. Le quitáis el pan de la boca, y ni siquiera le dejáis que bostece de hambre. Graváis la uva con un doscientos por ciento de su valor; graváis el pan en la misma proporción; graváis el aceite; tiene sed y tiene hambre; os entrega la mitad casi de los alimentos que le piden sus hijos con el reclamo del lloro, cuyos ecos penetran, como una espada, en las entrañas del padre; y luego, cuando se queja, le enviáis por todo consuelo vuestra infantería, vuestra caballería y vuestra artillería, y anudáis con una bala ¡tiranos! la voz en su garganta.

EMILIO CASTELAR.

Francisco Ferrer

A don Miguel de Unamuno, escritor impresionista, que para vergüenza suya no se ha cuidado de conocer las ideas espirituales de Francisco Ferrer, ni los principios pedagógicos de la Escuela Moderna que el sacrificado de Montjuich implantó en una hora triste de la historia, dedico estas páginas apologéticas.

A don Calixto Oyuela, poeta de alma pagana, que supo decir del sacrificador de Ferrer todas las loas a que su acto le inspirara, pero que no supo encontrar una sola razón humana para justificarlo ante la historia, dedico estas páginas acusadoras.

A don Antonio Maura, el más grande de los políticos de la vetusta España, asesino cobarde de Francisco Ferrer, que encobijado detrás del omnímodo poder de un decrépito reino, no vió, en su mente extraviada, más que fantasmas arrolladores y ciegamente los aplastó, dedico estas páginas de lucha.

A todos los que levantaron su voz ante el cadáver de Francisco Ferrer y maldijeron a los cancerberos de su cautiverio y a los mutiladores de su cuerpo, dedico estas páginas de amor.

El 13 de octubre es una nueva fecha que hay que agregar al libro rojo de la historia del martirologio humano para la conquista de las libertades.

Como ayer se perseguía y se mataba a los que iban en pos de un ideal de liberación corporal; así hoy se persigue y se mata a los que corren en pos de un ideal de perfección humana y social.

En esa repetición histórica hay un retroceso: ayer se perseguía y se mataba en nombre también de un ideal; hoy en cambio se persigue y se mata, prosáica y cobardemente, en nombre de una conveniencia utilitaria y bastarda. Ayer la solidaridad entre los perseguidos era psicológica y materialmente uniforme e intensa, hoy los ideales van perdiendo todo noble sentimentalismo y se reducen a simples sistemas de conveniencias utilitarias y bastardas también.

Se dice: no hay que volver al pasado, y se olvida así de las virtudes de nuestros padres para engolfarnos en las miserabilidades

del presente. Se grita, no hay que hacer nuevos mártires y nos volvemos insensiblemente en carroños movibles y agusanadas.

Y el ambiente nos arrastra hacia la parálisis psíquica y nos torna átomos con un dinamismo puramente mecánico.

Empero el fenómeno subsiste y los hombres surgen desafiando al ambiente, y el ideal es algo así como una sombra espiritual que persigue a los átomos.

La idea de una nueva organización social más en consonancia con los sentimientos de equidad que con vehemencia se va apoderando de las masas populares, tan bien descripta por el maestro en una forma magistral en su inmortal obra "Trabajo", debía encontrar adeptos decididos que trataran llevarla a la práctica a pesar de todos los sacrificios que para ello era menester soportar.

Francisco Ferrer, dotado de una energía insólita en nuestros agitadores y propagandistas contemporáneos, se puso a la obra con un plan bien premeditado, y ayudado por una herencia que el acaso puso en sus manos, realizó esa obra fecunda y resistente con la fundación de "La Escuela Moderna" de Barcelona.

Comprendió Ferrer que para llevar a cabo un cambio radical en la sociedad, había que cambiar la moral de la época por otra completamente distinta, y que el triunfo de una revolución no es suficiente para el cambio de un régimen, y que ésto sólo puede conseguirse con el aniquilamiento de la moral corriente por medio de una educación razonada de la nueva moral a implantarse en un período más o menos próximo o lejano.

La nueva generación es la que deberá estar dotada de la conciencia de la nueva moral, y a la nueva generación se dirigió por medio de la escuela.

Los jóvenes que ingresaban en la Escuela Moderna, no aprendían a pensar maquinalmente como piensa la comunidad de la gente. No se les enseñaba el respeto ciego y absoluto a una bandera, a una imagen o a un ser de su misma especie (aunque ese ser fuera su padre y su madre). No se enseñaba a esa juventud el dominio del hombre sobre la mujer, y el dominio del padre sobre sus hijos, o la imposición brutal del fuerte sobre el débil. No se le decía de la belleza del militarismo o de la existencia necesaria de una autoridad opresora y tirana. No se le hablaba de la vida de ultra tumba y de su representante en la tierra; ni de las vírgenes y de los santos lujosamente expuestos en los templos de todas las religiones. Se les ex-

plicaba simplemente las cosas sencillas; se les hablaba del orden que debía reinar en los humanos; del orden sin la imposición autoritaria, sin la presión de la obediencia; del orden basado sobre el respeto mútuo y sobre la educación natural.

Se les enseñaba a no hacer distingos de clases. a aborrecer privilegios de castas. Sólo la solidaridad humana se imponía como base de armonía y de paz.

Los niños que ingresaban en la institución creada por Ferrer, representaban la fuerza propulsora del progreso futuro y los ejércitos poderosos que deberían derribar un día los puntales de la sociedad constituída, con todos los prejuicios que contribuyen a su sostenimiento.

En un estado progresista con miras evolutivas, la Escuela Moderna se habría impuesto y desarrollada en un modo normal. Ningún inconveniente hubiera habido para que dejara de prodigar sus provechosas enseñanzas a los que de ellas querían tener derecho.

En España la cosa cambia. El dominio de la reacción está en estado latente. Aún la influencia inquisitorial pesa sobre ese pueblo; aún los poderes constituídos están dominados por esa misma influencia; aún el poder divino interviene directamente en las decisiones del monarca, y por tanto, la institución creada por el fusilado de Montjuich, debía sufrir la serie de tropiezos que hubo de soportar hasta concluir con ella matando a su fundador.

El momento oportuno vino. La reacción se ensañó alevosamente y la justicia, la justicia oficial, cumplió a maravilla su cometido y el sacrificio de una vida se consumó fríamente, militarmente, en una tarde lúgubre de otoño y sobre una roca fatal, maldecida por los siglos futures.

Noble sacrificio que hará mantener vivo el sentimiento de rebeldía en el alma del pueblo español y apresurará el día de su redención.

Entonces sobre los fosos del castillo de Montjuich, en el mismo sitio en donde el director de la Escuela Moderna cayera acribillado por las balas, se levantará el monumento de la víctima inmolada en aras del progreso, como en "Campo dei Fiori" se levanta hoy el mármol de Giordano Bruno, como sobre el Gólgota, se hiergue magestuosa, como un símbolo, la cruz del Nazareno.

¿Cuáles fueron las ideas de Ferrer? ¿Por qué los enemigos se encarnizaron tanto contra él para llegar a destrozarle el cráneo?

Francisco Ferrer era un eclético del anarquismo. Era el hombre libre dentro del mismo dogma de la libertad. Por eso se diferenciaba de los demás propagandistas, hasta el punto de negársele toda afinidad con estos últimos. El seguía al maestro con una sencillez pasmosa. El educaba a los jóvenes inculcándoles los preceptos del verbo nuevo con la sonrisa del justo. El hablaba de amor amando con el alma de los niños. Su trato delicado, su modestia, fueron tachados de hipocresía por el representante de la vidicta pública, y él, sonriendo, calló ante tamaña insolencia. Esa sonrisa irritaba a los conservadores de un estado de iniquidad y de barbarie. Esa constancia, esa abnegación, esa árdua labor del acusado, que había comprendido los ideales redentores, con la elevación de conceptos lanzados por los precursores y pacientemente detallados por los maestros, lo condujo al cadalso.

Contra el poder absorbente, toda violencia se reprime con la fuerza.

La fuerza en manos de la reacción es el arma poderosa para acallar toda voz de justicia, todo sentimiento de nobleza, toda aspiración de progreso. En manos del pueblo, es la revolución, es la justicia, es la verdad.

Francisco Ferrer si bien no había usado de la fuerza, sino de la palabra y de la cátedra para resistir la absorción de un poder onmímodo, fué el blanco de las iras reaccionarias y pagó con su preciosa vida su atrevimiento y su audacia.

Cambiar la moral social de una época no es posible sin antes rendir su tributo a la muerte. Con Ferrer caerán otros: la moral actual se resistirá aún; sus fauces abiertas tragarán muchos cuerpos antes que la asfixia sobrevenga.

¿Conviene apurar la asfixia?

El racionalismo, con sus reglas positivas y matemáticas trae la contestación categórica del problema a resolver.

Francisco Ferrer, intérprete intuitivo de su escuela moderna, pretendía inculcar en el alma del niño ese principio razonador que deberá mover los mundos futuros y deberá hacer caer uno por uno los prejuicios seculares que determinan la actual situación de las sociedades humanas.

El entendía con clarividencia sin igual que no bastaba obtener la libertad política para hacer de los hombres entes capacitados para

la convivencia social. Era necesario liberar las conciencias deprimidas por la roña de los siglos, formando la generación consciente, tomando al hombre desde sus tiernos años para refinarlo pacientemente pasándolo por el sedazo de la educación científica y experimental.

Y si algunas veces la pasión ideológica convulsionaba su espíritu, ella era refrenada bien pronto en holocausto a la misión educadora que se había impuesto.

Su escuela no permitía diferencias de clases, al contrario parecía escluída a los hijos del pueblo porque su merced ascendía a una suma respetable imposible ser soportada por una familia obrera. Parecía escluída porque su ideal era redimir justamente aquellas conciencias llamadas a hacer mella sobre la conciencia general. Deseaba inculcar en el alma de los hijos de la burguesía el principio de la equidad y de la renovación.

Entendía, como entendemos nosotros, que no solo la clase oprimida debe contribuir al cambio de vida social, sino y con más provecho la clase privilegiada está llamada a influir sobre el cambio social y sobre la consolidación de la nueva forma de vida colectiva.

La escuela pues para el que persista en ella, ya que no puede ser distribuido el saber amplia y generalmente. La tribuna pública y el libro para el predestinado a educarse y a contribuir al adelanto humano.

La escuela, la tribuna pública y el libro, repartidos con método científico y experimental, apurarán inevitablemente la asfixia de la vieja existencia romántica y ultramontana, para dar lugar luego a un nuevo orden social donde el hombre podrá expandirse libremente sin el estorbo perenne de los espíritus misteriosos y tambaleantes.

El hombre cara a cara con su destino, luchando con sus propias fuerzas, frente a la naturaleza desbordable, siniestra algunas veces, candorosa las más.

El hombre saboreando sus ratos de felicidades y ahuyentando metódicamente la desventura y los cataclismos.

Conviene pues apurar la asfixia implantando la escuela moderna y racional, para los que necesitan abrevarse en los humanos y amplios conocimientos del saber eclético, conviene apurar la esfixia llamando a todos los hambrientos de saber en los amplios salones populares y en las plazas de las urbes populosas y fabriles. Conviene apurar la asfixia llenando los hogares pobres y ricos de libros útiles para el ejercicio de la inteligencia. Para ello se necesitan hombres despejados y generosos que afronten la árdua tarea, y

pueblos solidarios y desinteresados que acompañen a los maestros por el camino de la escensión. Conviene apurar la asfixia con el método y con la disciplina racionalista.

Ante este trabajo selectivo y ordenado, la moral se transforma, se transforma por evolución científica entre los participantes de la labor, por reflejo entre los espectadores, y por imposición natural, entre los mantenedores de la vieja moral caduca e irracional.

Los mismos choques sangrientos que fatalmente se suceden, serían juzgados por los contemporáneos y por la historia con la equidad necesaria y con el respeto debido a los que caen noblemente sobre la arena del combate leal y generoso.

Es un duelo de vida y muerte, pero un duelo llevado a cabo con todas las reglas del honor, y soportado con toda la calma del convencido.

Francisco Ferrer, cayó así sobre la árena noblemente ante el aplauso del mundo consciente y ante el horror de los neutros.

Empero para la historia hay siempre que mantener latente la reinvindicación del hombre, tanto para que no tomen cuerpo ciertos detalles que puedan mellar su integridad.

Por eso se impone levantar las calumnias que pesan sobre la memoria de Francisco Ferrer, calumnias propaladas durante los dos procesos entre cuyas mallas se vió envuelto la víctima de una época de oprobio y de molesta agonía. Se calumnió a Ferrer, llamándole pervertidor y pervertido. Se ha querido hacer de la unión libre, practicada de cara al sol, entre el educacionista y doña Soledad Villafranca, un vil contubernio, cuando no era sino el fruto genuino de un dulce idilio de amor, vivido plena y vigorosamente.

El noble adalid de una doctrina humana y bella, poseído de una voluntad indestructible, exuberante de savia creadora, aún pleno de fuerzas y de energías, sintió pasión, ardiente pasión por la arrogante mujer que a él entregaba su juventud y sus sueños todos.

Los que se unen a la mujer por un reducido cálculo de vida hogareña, los que se unen para cumplir las formalidades impuestas por costumbres inveteradas en el hombre, no pueden aceptar como moral ese idilio de dos seres superiores a la época que les ha tocado en suerte. Los que, en cambio, aspiran a un ideal de elevación espiritual, de elevación mental, y de éxtasis infinito, aceptan sonrientes la nueva unión precursora de futuras humanidades mil veces superiores a las minúsculas humanidades de hoy. Mas, este razonamiento no place a las gentes de peso y estas gentes, formando unidades de

todos los partidos, han pretendido echar sombra sobre la nítida personalidad de Francisco Ferrer.

Aceptemos el fusilamiento del Director de la Escuela Moderna como una consecuencia fatal de su obra, obra destructora de lo presente y creadora de lo futuro. Aceptemos la cruel resolución de un consejo de guerra, como única razón para mantener aún en vida una institución que marcha aceleradamente en pos de la muerte. Pero desechemos la calumnia infamante e interesada que se lanza sobre su límpida memoria.

El hombre para poseer sólidas energías, debe tener despiertas todas sus pasiones. Sólo así su energía produce frutos.

Reducir la doctrina revolucionaria a una doctrina propia de ascetas, es continuar por la vieja senda de los apostolados.

El que atrofia sus mejores sentimientos para producir determinados cánones morales, es decir, el que se abstrae de la vida para concentrarse en un único y solo móvil de acción externa, no producirá más obra de perfección total y sus resultados no podrán traer beneficios saludables al individuo y a la sociedad.

En efecto: para poseer la salud, es necesario que todos los órganos se hallen en perfecto funcionamiento normal; como la salud física, así la salud moral.

Una obra para que resulte beneficiosa para la sociedad, es menester que el que la cumple se halle en condiciones de perfecta salud y en pleno goce de todas sus facultades.

Alejarse del goce sexual por imposición extraña, cuando este goce es sentido espontáneamente, y concretarse sólo a propagar ideales preconcebidos, es restar energías a la misma propaganda de esos ideales. Conservar el cuerpo lejos de la higiene, es disminuir fuerzas a su físico, es quitar energía a su moral. Alimentar el amor, bañarse en la fuente cristalina de un arroyuelo, es crear nueva vida, es dar savia al cerebro, que es la síntesis culminante de la idea.

Francisco Ferrer, brazo ejecutor de la idea que un día iluminara la mente de los hombres, comprendió que para tener consistencia en la lucha, debía alimentar su alma como se alimenta el estómago, porque él sabía de posibles desfallecimientos, por las encarnizadas luchas que debía emprender. Cuando el desfallecimiento llega, la dulce amante engrandece el alma del desfallecido y lo eleva victoriosamente hacia el triunfo. El sabía que la salud del alma, traía la salud del cuerpo. Y, cuando se hallan fuertes el alma y el cuerpo, la resistencia se hace formidable.

Es por eso que ante la proximidad de su muerte, su espíritu fué un roble. El cuerpo se irguió serenamente ante los fusiles homi-

cidas y gritó el sacrificado su sentencia, sentencia que recogerá la historia y la conservará en sus páginas como documento sagrado para la humanidad futura.

Tembland, pequeñas almas maldicientes y perversas. ¡Temblad! La energía del sublime ajusticiado conmovió al mundo entero en un supremo instante de terrible indignación, y los vermículos quedaron aplastados en el charco. La calumnia ha sido destruida. Nosotros haremos que esos cargos en vez de ser una culpa, sean una virtud.

¡La virtud del amor! ¡La virtud de la vida! ¡La virtud de la lucha!

Santiago Locascio.

PROGRAMA EDUCATIVO

1.° El primer deber del maestro de escuela es *asegurar el bienestar del niño.* Los niños deben ser bien cuidados, pues su moralidad es el resultado de *su condición física y material.*

2.° Todos los niños son buenos. Si algunos se vuelven malos, es porque el maestro por no haber sabido estudiar su carácter no ha podido impedir las causas de su pretendida maldad.

3.° *Educar juntos varones y niñas,* de todos colores y todas clases: así los niños se conocerán mejor, y se evitará el orgullo de raza y de clase, así como la opresión de una raza por otra.

4.° Desde la más tierna edad, acostumbrar a los niños *al trabajo manual,* en el taller o en el jardín, a fin de *desarrollar su facultad de observación.* El hombre es el producto de la naturaleza y no tenemos el derecho de substraerlo de ella.

5.° *No hacer aprender nada de memoria,* no hablar de gramática, de lectura, de aritmética, antes que el niño haya sentido él mismo la necesidad de estos conocimientos.

6.° *No hablar al niño ni de religión ni de oraciones.*

Parker.

(De la Comisión Norteamericana, sobre educación para las islas Hawai).

Pobre infancia

"Durante un año, fueron recogidos en las calles de Liverpool 2378 niños en estado de embriaguez manifiesta. 113 de ellos no tenían aún diez años."

(*Noticias de los diarios*).

Nuestra tan cacareada civilización se asemeja a la pintura que tapa las vejeces de los muebles rotos e inservibles.

Raspando algo la superficie se pone de manifiesto la gran podredumbre que fermenta bajo la aristocrática y autoritaria seda social.

Inventos sorprendentes por el intelectual esfuerzo que representan, maravillas que la ciencia acumula para utilidad y recreo del hombre, descubrimientos que podrían proporcionar muy bien el bienestar humano, todo, absolutamente todo queda anulado ante la elocuencia del número, de una cifra reveladora de que nuestro progreso material es beneficioso tan solo para el canalla explotador.

Se podría hablar mucho de civilización, pero lo cierto es que brilla por su ausencia.

Nada más lógico, sin embargo. Adoradores fervientes del dios oro, que con su fuerza y farsa todo lo acapara, industria, tierra y hasta el mismo hombre; todo girando alrededor de la propiedad particular, eje falso, creador de desigualdades, nada más justo que sólo en él, fíjense las miradas de los codiciosos burgueses y se desvíen de lo razonable y humanitario.

Adquirir, adquirir siempre y por todos los medios; ser el vencedor en esta lucha por la barbarie autoritaria; esto es lo que prima, esta es la meta de la actual sociedad. Lo demás importa un bledo.

Nuestras *sabias* leyes, tan respetadas y queridas por la burguesía, cuando ellas les benefician, estas leyes protectoras del trabajo, de la infancia, de la educación de ésta, son letra muerta y bien muerta.

Podía haberse puesto en los códigos, que no se puso, todo el democrático cuidado para velar por las futuras generaciones; pero los resultados son y serán siempre negativos, mientras el capital lo absorba

egoísticamente todo, y mientras todo gire bajo la égida de la autoridad impotente para refrenar la codicia de rentistas y capitalistas.

Explotado el hombre, explotada la familia, viéndose a los padres constreñidos a mandar al taller o a la fábrica a sus hijos para que aporten prematuramente unos centavos que faltan al hogar, se abandona la escuela y la calle es el maestro de la infancia.

Imposible suceda de otro modo.

Dése a los padres medios que aseguren la existencia de los hijos mientras éstos acuden a las escuelas, y no los abandonarán, ni se verán precisados a sumirlos en el embrutecimiento de un trabajo prematuro, que al par que agosta acorta las débiles fuerzas de la infancia, los deja en la ignorancia más absoluta.

¿Dá la sociedad medios a los padres para que así sea? La respuesta negativa salta a la vista con sólo penetrar en los tugurios de las grandes ciudades.

¿Puede la autoridad forzar a los padres a que manden sus hijos a la escuela mientras no hay en el hogar el pan que debería nutrirles? Indudablemente que no.

Nada extraño es pues, que la prensa burguesa que tanto se vanagloria de esta civilización, de a veces datos como el arriba apuntado.

Los hechos no pueden negarse, pues surgen a la superficie temibles y elocuentes.

Dos mil trescientos setenta y ocho niños en estado de embriaguez en una sola ciudad.

Dos mil trescientos setenta y ocho niños cuyos padres hánse visto precisados a descuidar su educación e instrucción, mandándolos al taller o dejándolos vagar por las calles, y allí adquirir hábitos de holganza que les arrojarán en cara cuando grandes, y costumbres viciosas que lo mismo pueden llevarlos al manicomio que al presidio.

¿Es esto civilización?

¿Podrá decirse de estos infelices niños, que su embriaguez es hija de su maldad propia, de su instinto incorregible, como se dice de los adultos? ¿Saben ellos acaso lo que hacen? ¿Hay alguien que pueda decir que no aprovecharon las lecciones que nadie cuidó de darles?

Ni el recurso queda de culpar a sus padres, cuya ignorancia completamente igual a la de sus hijos, les pone a cubierto de cualquier reproche.

¡Pobre infancia!

El amílico embrutecedor que tantas enfermedades engendra, cebándose en la infancia, en plena *civilización!*

¿Hay algo más desconsolador? Grandes ya, cuando sus nervios en sacudimientos epilépticos y sus cerebros atrofiados dan la resultante de un descuido o abandono social, cuando todos estos infelices lleguen, si es que llegan, a formular la maldición de los desheredados de todo, y en esta maldición lancen el rayo destructor, ¿a quién echarán la culpa los burgueses? ¿La echarán acaso a las ideas avanzadas?

¿No es el producto lógico de una sociedad estúpida, brutal y falsa que nos imponen a bayonetazos?

Dos mil tres cientos setenta y ocho niños que vagan maltrechos por las calles de las ciudades, víctimas de la codicia burguesa y del abandono social, son número suficiente para sublevar el ánimo popular y llevar la convicción de una transformación necesaria.

Y aunque no fuesen tantos; aunque sólo fuese uno el abandonado, habría motivo bastante para pedir cuentas a los causantes de ello.

Desconsuela y entristece a la par que irrita, pensar en esta monstruosidad, en este descaro y cinismo de los que ensalzando la civilización actual, producen con sus desaciertos tantos males.

¡Dos mil tres cientos setenta y ocho niños borrachos! ¡Dos mil tres cientos setenta y ocho máquinas o carne de hospital y presidio!

¡Pobre infancia!



Los pueblos saben hoy que no pueden volver al absolutismo, pero saben también que no pueden permanecer en el doctrinarismo falso y corruptor.

Emilio Castelar.

¿Qué es el maximalismo? (1)

(*Para los obreros y para los estudiosos de la América del Sud.*)

Bajo este título publicamos este trabajo, con el fin de hacer conocer al lector este "nuevo método sociológico" que se ha implantado en Rusia y que tiende a implantarse en toda Europa.

Pero antes es necesario que todo el mundo conozca lo qué es *maximalismo*. Los socialistas de aquí no saben distinguir el maximalismo del anarquismo, y los anarquistas no lo distinguen del marxismo socialista.

Tanto los unos como los otros desconocen su significado y su origen.

Esta palabra se pronunció por primera vez en Rusia allá por el año 1905.

Hasta esa fecha no existían más que diversas teorías, partidos distintos, organizaciones múltiples.

El maximalismo tiene su origen en el socialismo revolucionario ruso.

Este partido no representaba el marxismo, sino la escuela sociológica rusa de Lavrow.

Tenía como programa la socialización de la tierra y la dictadura del proletariado.

El partido revolucionario ruso, estaba de acuerdo con el comunismo anárquico sólo en la parte que se refiere a lá acción directa y por cuyo motivo los marxistas se separaron de su seno.

Maximalismo significa desconocimiento del "programa mínimo" de los socialistas.

El desconocimiento del programa mínimo lo motiva el hecho de que los maximalistas aspiran a la transformación social por medio de la Revolución del proletariado y no democrática, cuyo término consideran un sofisma.

---

(1) N. de R. — Publicamos este importante artículo que nos ha remitido en ruso su autor, y que por intermedio de un compañero ruso, hemos vertido al castellano. Es un trabajo absolutamente nuevo para nosotros y sirve admirablemente para orientar a todos los que se preocupan, en esta hora movida de la historia, del árduo problema de la transformación y consolidación social.

Revolución que suprime la propiedad privada y socializa todo.

La liberación económica de la clase obrera. Implantación del socialismo y no de la democracia, y de ningún modo perder energías para la realización del programa mínimo de los partidos socialdemócratas.

Ningún programa mínimo como objeto de transformación.

El resurgimiento del socialismo integral trajo una victoria de las fuerzas revolucionarias sobre el reformismo socialista de la "Social Democracia."

Este triunfo fué conseguido en el terreno sociológico, económico y principalmente en el problema agrario y en la cuestión de la socialización de la tierra.

Dejamos, pues, constancia que maximalismo y marxismo no es lo mismo, tanto en su origen como en su significado.

El maximalismo fué aceptado en 1907, en París, junto con el comunalismo político y el comunismo económico.

Ahora debemos definir el Bolshevikismo, que no es maximalismo, y que ambos hánse puesto de acuerdo tan sólo para los fines de la Revolución inmediata.

Al aparecer los maximalistas por el año 1904, los bolshevikis no eran más que los social-demócratas mismos, o sea los marxistas de Rusia, cuyo leader principal era Lenin, el que provocó la excisión entre los del mismo partido, y se dividieron en bolshevikis y menshevikis (mayoritarios y minoritarios).

Los bolshevikis no dejaron por eso de seguir siendo marxistas, social-demócratas y minimalistas más pronunciados. Esta división no se produjo por la disparidad de puntos de vista teóricos, ni por cuestión de los métodos de lucha.

Los bolshevikis creían, al contrario de los menshevikis, en la posibilidad de acelerar la caída de la monarquía y su suplantación por una república democrática burguesa por medio de una rebelión armada.

No hacían, pues, ninguna objeción a los menshevikis respecto al programa mínimo parlamentario, ni proponían ninguna modificación a ese programa.

Y por ello con mucha razón se le llamaba a Lenin jacobino, porque quería simplemente repetir en Rusia la tragedia de la Revolución Francesa para llegar a los mismos resultados de aquella gran epopeya histórica, es decir, quería transformar el poder del zarismo por el imperio de una burguesía parlamentaria, por medio de una

rebelión armada del proletariado industrial, rebelión puramente política, aunque sea agregándole la dictadura del proletariado.

Como apéndice ilustrativo puede servir aquí un discurso pronunciado por Trotzky a principio del año 1906, en Petrogrado, discurso que fué silbado por toda aclamación.

Dijo: "No crean, compañeros, que vamos a alcanzar más que lo que nos proponemos, no podremos llegar a más. Levantaremos barricadas, implantaremos la dictadura del proletariado, no para conseguir la mejora de las condiciones económicas de nuestra vida, nada de eso. Derribaremos la monarquía, nos apoderaremos del poder político, no con el fin de dejarlo en las manos del proletariado, sino para arrancarlo de las manos del feudalismo y entregarlo enteramente e incondicionalmente en las manos de la burguesía, para que en su desarrollo no tenga ningún estorbo... y cuando llegue ese día, después del triunfo de la Revolución, nosotros seguiremos combatiendo por el advneimiento del socialismo.»» (2).

Los obreros de Petrogrado contestaron al discurso de Trotzky que para esos resultados no valía la pena producir ningún movimiento violento, ningún derramamiento de sangre proletaria, pues la sangre del pueblo no es agua, y sólo debe derramarse para algo mejor, para una transformación económica más positiva... Los bolshevikis en este caso no eran ni mejores ni peores que los menshevikis.

Como los tiempos y las circunstancias cambian así también cambian las opiniones de los hombres... Después de haber tomado parte los bolshevikis en la segunda *Duma*, y después de la pérdida de la revolución, en que los métodos marxistas fracasaron por completo por ser inaplicables en Rusia e incompatibles con la educación revolucionaria de los obreros, por haber adquirido estos una conciencia económica maximalista, tuvieron que transigir con todo el valor teórico y el programa... Lenin y los demás leaders de los bolshevikis, bajo la influencia de las poderosas organizaciones obreras rusas, se mostraron demasiado elásticos y con intenciones de aceptar la nueva orientación trazada por el imperativa categórico de la voluntad obrera (3).

Es bueno hacer presente que los bolshevikis fueron los iniciadores de la saludable división en el campo del socialismo marxista. Aceptaron el programa obrero de la acción directa y se acercaron

---

(2) Es la eterna preocupación marxista: que sin el nacimiento, desarrollo y decadencia burguesa, no podrá transformarse la sociedad hacia la fórmula socialista. (N. de R.).

(3) Trotzky aún se mantuvo alejado de ese cambio por algún tiempo más. (N. de R.).

a los maximalistas, hasta confundirse con ellos mismos dada la presión de los obreros de Petrogrado que le impusieron el siguiente dilema: o aceptar incondicionalmente el programa y nombre de los maximalistas, o ser excluídos del campo de los revolucionarios. Y el primer soviet así lo declaró. (4).

El primer soviet fué organizado en 1907 y tuvo una orientación netamente maximalista, pues concordaba con la acción directa y con la revolución inmediata para la supresión de todo privilegio y de toda burocracia.

Los bolshevikis se adhierieron incondicionalmente a ese programa.

El resultado de esta orientación colectiva trajo no sólo la adhesión de la mayoría de los bolshevikis con Lunachasky y Lenin, a la cabeza, como así este último lo declaró en 1905, en Ginebra, sino también el advenimiento feliz e inesperado de la Revolución triunfante. (5).

Era de esperarse que ante ese rasgo de sinceridad de los bolshevikis, ya no podían substraerse a la acción conjunta de un modo absoluto e imperativo... Y después... lo que le siguió: el reconocimiento teórico por parte de los bolshevikis de toda la masa enorme de los campesinos hambrientos de Rusia, en conformidad con el tomo III de "El Capital", de Marx, que ve en esos campesinos a un proletariado auténtico y puro, tesis sostenida por los maximalistas.

Esta conclusión no podía traer ningún apoyo al *minimalismo* en la Revolución Rusa: la socialización de la tierra, desde ese momento, debía significar expropiación de todos los medios de producción agraria, esto es, la expropiación del capital rural en el más amplio sentido de la palabra.

Ahora bien: esta guerra mundial, que ya en sus primeros dos años cambió la vida entera de Rusia en sus cooperativas de producción de consumos, y organizó a los quince millones de hombres del proletariado industrial, y agrupó a todos los trabajadores del campo, o sea a los ochenta millones de campesinos, convirtiéndolos en una clase obrera consciente, la que exigía no sólo la socialización de las tierras sino su completa comunización de acuerdo con la tradición rusa de la comuna rural (*obchina*), dejando atrás como cosa baladí el marxismo rutinario, y llegando insensiblemente a la absoluta auto-

(4) Aquí el fenómeno de la absorción ha sido a la inversa de la teoría individualista. Hasta ahora el "yo individual" más o menos Nietzchiano, más o menos burgués, era el que atraía la conciencia de las masas, hoy el "yo colectivo" ha absorbido la voluntad de los leaders (N. de R.).

(5) Aceptada hoy por los mismos Menshevikis. (N. de R.).

nomía económica de las comunas, tanto de las ciudades como de las regiones mineras y agrícolas.

Hacia falta, pues, esta guerra mundial para obtener del pueblo la comprensión y la conformidad de las teorías positivas del maximalismo.

Permitásenos una explicación teórica: Las únicas dos tendencias que existen en el mundo de la ciencia sociológica, son la escuela económica de la materia muerta, la que transforma la vida social de un modo inorgánico, por encima y fuera de la voluntad consciente de la materia orgánica, substituyéndola por las fuerzas productivas de la maquinaria del capital en relación con la producción capitalista. (Esta es la tendencia marxista de los socialistas) (1). La otra doctrina sociológica es la escuela biológica de la materia orgánica, que transforma la vida social, participando en esa transformción la voluntad como causa dinámica de la evolución constante de la vida humana y social, con la participación de todas las fuerzas que viven y luchan por esa evolución de la sociedad. Esto es la escuela bio-sociológica rusa, esto es *lavrismo*, esto es maximalismo.

Los "Ensayos de la historia del Pensamiento", de Lavrow, es la obra más fundamental de esta escuela, en oposición al "Capital", de Carlos Marx.

Aún más: esta escuela bio-sociológica rusa tiene un sentido tradicional y hereditario no sólo en el conjunto de todos los sistemas sociales rusos, sino también en los sistemas todos de la Europa occidental, la que tomó su *substractum* estético y sirvió admirablemente a dar brillo al propio marxismo que de este modo pudo ocultar ante el mundo un barniz humano que en el fondo no tenía, y una forma dinámica aparente, y que contribuyó a la división socialista con la deserción de Bagdanew, Lunachasky, Lenin y otros, los que aceptaron el mismo concepto biológico de la historia, juntándose con los maximalistas.

Así como era necesario esta explicación teórica, así debe decirse

(1) "Pour la production sociale de leurs moyens d'existence, les hommes, entretiennent des relations déterminées, necessaires, "et indépendentes de leur volonté; des relations" de production qui correspondent à un stade déterminé de développement de leurs forces productives materielles. L'ensemble de ces relations de production forme la estructure économique de la societé, la báse réelle sur laquelle s'eléve una super-structure juridique et politique et á laquelle correspondent des formes sociales de conscience determinées.

Le mode de production de la vie matérielle conditionne, "in globo", le processus social, politique et intellectuel de la vie.

Ce n'est la coscience des hommes qui détermine leur manier d'être, mais au contraire leur maniére d'être qui determine leur conscience."—Karls Marx.

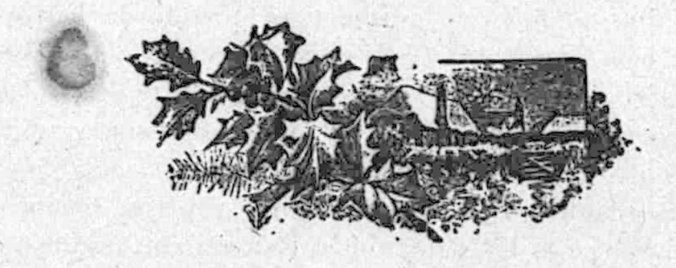
que el maximalismo data del manifiesto de Marcial, para la revolución social económica de los *sanculottes* y del comunismo definido de Babeuf, y de la rebelión "des egaux", que viene a ser la cuna del comunismo maximalista ruso, que es todo lo contrario del marxismo, que es puro reformismo.

El maximalismo, que es comunalismo político y comunismo económico, nos ha conducido a la victoria de la Revolución Social y a la tercera Internacional de Moscoú, y hacia la formación del partido comunista del mundo entero; debe también como el bolshevikismo, transformarse en comunismo, pues la palabra en sí "maximalismo" no vale nada, no tiene ningún significado positivo.

Por otra parte, ya es demasiado evidente la necesidad de reconocer el fracaso de todas las teorías abstractas y especulativas ante la aceptación de la dictadura del proletariado por parte de todos los obreros de Rusia, y de la mayoría de todos los países y de todas las tendencias socialistas, sindicalistas y anarquistas.

Valerian Rochoubey.

Bs. Aires, mayo de 1919.



Si la ira del pueblo es terrible, la sangre fría del despotismo es atroz.

MIRABEAU.

LOS VENCIDOS

Pone espanto en el ánimo la persistencia de los suicidios. Un día y otro día nos trae la prensa de gran circulación noticia sobre noticia de los que se eliminan de este gran banquete de la vida en que no hallaron puesto vacío. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres desfilan continuamente camino de la fosa común. La silueta de la muerte voluntaria, la más terrible, no se borra de la retina de los que quedan, decimos mal, de los que, esperando su vez, viven en el ambiente del infortunio.

Parece que una fatídica indicación les muestra el camino que han de seguir. Eliminarse voluntariamente del campo de batalla cuando desarmado y maltrecho hay que reconocerse vencido, es la suprema solución, única posible para un hombre bien templado que ha entrevisto los amplios horizontes de una vida superior, y sólo ha gustado las negruras de una realidad desesperante.

Nuestra vida moderna, corriendo, jadeante al correr de un expreso a toda marcha, no da tiempo a las clases directoras, a los publicistas de renombre, a la prensa del reporterismo, vacía de ideas, para detenerse un momento a examinar las causas verdaderas de esto que ha dado en llamarse enfermedad social. Consígnase el hecho, tómase nota de las particularidades salientes del caso, y cuando más, de tarde en tarde, aparece en tal cual periódico una lírica e insubstancial disquisición, repleta de términos sonoros, de lamentaciones hueras, pero falta de toda profundidad filosófica.

No hay tiempo para nada; indagar, pensar un poco, nos distraeríamos de nuestros ordinarios afanes. Trepar a las alturas de la riqueza o de la gloria a cualquier precio, y caiga el que caiga; subir, subir siempre impelido por el brutal egoísmo de un yo sin entrañas, que nos hace avaros y crueles; llegar triunfante a la meta dejando a nuestros pies la desesperación amenazadora, la miseria sin esperanzas, y la locura que, como una epidemia, se propaga... esto es todo.

Después inventaremos una nueva ciencia muy enfática, poseída de sí misma, que a presencia de los que se suicidan y de los que se enloquecen, tramará burdamente una teoría cuya conclusión es el fatídico *Lasciate ogni speranza,* del Dante.

¡Desdichada humanidad! Te hablaron de un infierno, después de la vida, los teólogos; te hablan de un infierno presente los sabios; te pintan los unos producto del pecado; te dicen los otros herencia del delito; todos te condenan.

Cuando se dice que la herencia, que se limita a enfermedades o imperfecciones orgánicas, son, en su mayor porcentaje, las circunstancias sociales y el medio económico y las costumbres las que producen el suicidio, la locura y el delito, se tacha de loco y de utopista al que tal sostiene, y en paz.

Lo esencial es educar a la juventud en los sanos principios de una ciencia que enseña el respeto a un orden de cosas que se dice de origen natural. Es como la teología enseñando los sanos principios de la religión de nuestros mayores. Se atrofia las inteligencias rellenándolas de palabras bien sonantes, agradables al oído, y ya puestas aquellas en el carril corren a más y mejor, obedeciendo simplemente al impulso inicial. La obra queda así bien concluída, maravillosamente rematada.

Y ¿qué importa que la desgracia continua y terca, obsesione a un hombre hasta el punto de convertirlo de pronto en delincuente, antes honradísimo día tras día y año tras año? ¿Qué importa que uno y otro golpe del infortunio, asediándonos por todas partes, trastorne esta admirable máquina cerebral, tan sensible a toda impresión? ¿Qué importa que la imposibilidad económica de vivir, porque no se come ayer, hoy y mañana, nos lleve a cortar voluntariamente la propia existencia de un solo y entero golpe? ¿Qué importa, en fin, toda la inmensa podredumbre de una vida de desastres sucesivos como factor principal de todas nuestras acciones?

Un día y otro se ve caer a los vencidos que confiesan su miseria, su desesperación, la imposibilidad, en fin, de vivir. Invariablemente la causa es la misma. ¡Y qué! Vivimos en el mejor de los mundos. Todos sus defectos, todos sus anacronismos, todas sus inquidades son de origen natural, casi divino, que la voluntad de los hombres no puede corregir.

¡Adelante! Continúe la locura y el suicidio su camino. Caigan los derrotados en la lucha por la existencia sin compasión. El mundo es de los fuertes, de los hábiles, de los talentosos.

Y vosotros, pobres de espíritu y desposeídos de la fortuna, bestias de carga engendrados por la fatiga de un trabajo brutal y los estragos del alcohol con que tratáis de adquirir energías ficticias, vosotros, montón de carne inservible, coged el arma homicida y eliminaos prontamente.

La vida es para vosotros una expiación, la muerte una fatalidad inevitable.

Aquí el verdadero problema no es ya el poder vivir, sino saber morir.

¡Para él, señor!

La otra noche, de vuelta del teatro, al pasar por una callejuela obscura, una voz cascada detuvo mis cavilaciones diciéndome:

—¡Una limosna, por el amor de Dios!

La frase es vieja como el mundo. Dios es el único gran personaje que da cartas de recomendación a los pobres para implorar la piedad de los ricos, y su nombre se ha desacreditado a fuerza de prodigarlo desde que en la Sociedad se erigió en amo brutal el principio de propiedad. Por eso, después de mirar al montón informe de harapos de donde salió la voz, seguí mi camino reanudando mis cavilaciones.

—¡Para él, señor! — surgió más lastimera la voz desde el rincón de la puerta, y, al volverme, vi que junta a la masa obscura arrinconada en el umbral se elevó una pequeña sombra escuálida y callada que quedó de pie, inmóvil, sostenida por el brazo descarnado de una anciana.

Era un niño de seis o siete años, pálido y hermoso, que me miraba con indiferencia, como acostumbrado a mostrarse de aquella manera a la curiosidad de las gentes desconocidas que se detenían un rato junto a él.

—Para él, señor, por el amor de Dios! — volvió a sonar la voz gemebunda de la anciana.

Su cabeza cansada, apoyada en el rincón de la puerta, ni siquiera se levantó para mirarme... ¿Para qué? Para los mendigos, todos los transeuntes son iguales: dan o no dan. El misterio de la piedad no se adivina en las ropas ni en los rostros...

—¡Para él, señor!...

—¿Para él?... ¿Y por qué para él y no para ti también, mísera anciana desvalida?... ¿Acaso la piedad se ha hecho sólo para los niños?

—¡Ay, señor! Dios hizo la piedad para todos, pero ¡hay tan poca en el mundo y hay tantos niños que la necesitan!

—¿Y tú?

—¿Yo?... Yo, la piedad ya no la espero del mundo... Debe venir de allá... — dijo señalando a lo más sombrío de la noche y repitió:

—¡Para él, señor, por el amor de Dios!...

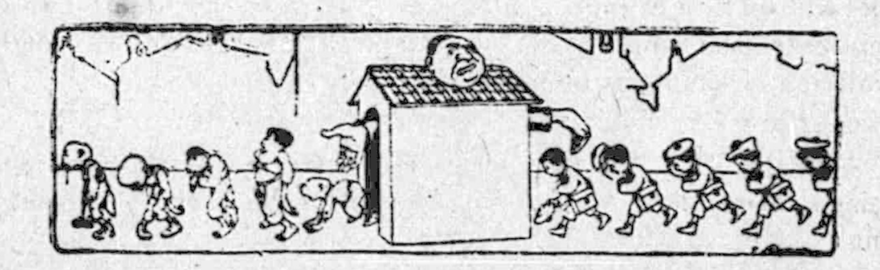
Mi mano se abrió, pródiga, sobre las manos de la anciana, y la noche vió una lágrima en mis ojos... ¡Oh, hermanos míos! Cómo

sonaron largo tiempo en mi corazón las palabras de aquella mujer! «El mundo está pobre de piedad!»... Y hay miles de hambrientos que la necesitan!... Los que se van, desilusionados, se mueren renunciando a ella, y la imploron para los que surgen, que son el Dolor que comienza su triste peregrinación por el planeta!...

¡Ah, hermanos míos! Sed buenos con los que vienen! Atesorad el poco de amor que hay en la tierra y repartidlo como jueces ecuánimes a las pequeñas almas que recién surgen! Que ellas no abran sus ojos a la vida con la mirada de aquel mísero y hermoso niño que en esta desolada comarca del Mundo tiene que salir de noche, como un bandido, a hacer su aprendizaje para arrancar a las almas que pasan la chispa de piedad que debía de ir a besarlo en su cuna...

Edmundo Bianchi.

Montevideo.



BIBLIOGRAFIA

El fuego en las trincheras (Le feu), de Enrique Barbusse, traducción de Ciro Bayo. Casa editora: Rafael Caro Raggio, Madrid, 1917.

Es la vida vivida en la guerra. La vida del soldado de Francia, del buen soldado que combate, razona y suspira.

Combate por no sabe qué; por la civilización, le dicen; por la libertad de Francia, le susurran; por el bieenstar del mundo, le repiten. Combate la última guerra, le gritan.

Razona: ¿Por qué deben matarse los hombres? ¿Por qué debe abandonarse el hogar, la faena diaria, la vida tranquila, el noble vivir, por la vida infame de las trincheras? Sí... y deja la reflexión; el deber le llama, y corre, y va a morir el soldado de Francia, por la civilización, por la libertad y por el bienestar. Muere por la última guerra.

¿Y si así no fuera? Si se combate sólo por el capricho de otros, si se combate por intereses ajenos y egoístas? Y razona el soldado de Francia; más el ruido infernal de la metralla atrofia su cerebro, el paso redoblado de sus camaradas que vienen detrás, le hace avanzar hacia el enemigo, y a su vez mata a otros hombres, soldados como él, que han ido a la guerra a defender un simulado derecho, una fementida patria; que han ido, como él, a cumplir un impuesto deber.

Una voz humana resuena en el alma colectiva de las trincheras, en el alma colectiva de los soldados de Francia:

¡Liebknecht!

La misma voz resuena en las trincheras alemanas. Y las almas se juntan sin odios, y se desbordan en alegría ante la voz que resuena como trompa de resurección.

Ya la resurrección de las conciencias se opera en las mismas trincheras donde el soldado de Francia combate una guerra que no sabe, que no puede definir.

Suspira el soldado de Francia ante el despertar de su conciencia, e invoca la imagen sagrada de la madre que espera, de la esposa que ora, del niño que balbucea el nombre de padre.

Consuela con sus cartas a los seres dejados allá en su pueblo natal, y se apresta con un canto o con una blasfemia al combate destructor y homicida.

Es triste el libro de Barbusse, es triste en las alegrías y en las tristezas. Es la realidad de la guerra sin el adorno de los cantos triunfales, de la música guerrera, sin la vanidad de las relucientes charreteras.

Es la vida de las trincheras, la vida lúgubre; es el desierto del alma y la tortura del cuerpo; la crueldad hecha costumbre, la humanidad hecha bestia.

Y el buen soldado de Francia lo soporta todo, porque es la última guerra... *Nom de Dieu.*

Primero protesta, reclama, después se conforma con su suerte, y bebe y muere como la cosa más natural del mundo... *Nom de Dieu.*

La guerra endurece el corazón, petrifica el cerebro, y despierta los instintos.

Es el heroísmo del soldado.

«Le Feu» llora en sus páginas el lloro de toda la humanidad, el lloro de la desgracia colectiva de todos los pueblos.

Y si esto que ha sucedido volviera a suceder de nuevo, sería el caso de repetir con el moribundo que nos pinta Barbusse, que mejor haría el hombre renegando de su propia vida.

—«¿Y habrá que pelear aún después de la guerra?

—«¿Habrá que pelear otra vez contra los extranjeros?

—«¡Quién sabe!

«Los pueblos debieran entenderse. Todas las multitudes debieran entenderse.

«¡Qué hermoso sería!»

Sólo así el lloro cesa en esas páginas y se piensa en el porvenir, en la igualdad, en la justicia.

«¡Ah! ¡Tenéis razón pobres obreros innumerables de las batallas, vosotros que habéis hecho la gran guerra con vuestros brazos; omnipotencia que no sirve aún para hacer el bien; horda compuesta de tantos dolores como individuos bajo el cielo en el que se desgarran negros nubarrones como escuadrones de ángeles malos! Contra vosotros van los esgrimidores de sables, los logreros, los explotadores.»

¡Tenéis razón! Los pueblos deben entenderse para el bien de toda la humanidad.

¡Tenéis razón!

Enrique Barbusse escribe su libro con suma naturalidad y con un verismo lancinante. Es un periodista. Describe lo que ha visto como soldado, con sencilla prosa y con reposado juicio. Sus personajes son sus propios compañeros de arma.

Su libro es una rústica acuarela.

Escenas tras escenas son de una emoción intensa que conduce al lector a una tristeza imperceptible y presionante.

Y la blasfemia se ahoga en la garganta: *¡Nom de Dieu!*

No cabe la crítica literaria ante el libro esquemático de Barbusse.

Cabe sólo la meditación y el triste recuerdo del pasado, y la pesadilla del pavoroso porvenir.

¿Cuándo los obreros dejarán de ser engañados por los «esgrimidores de sables, por los logreros y los explotadores»?

¡Quién sabe!

Y la voz humana sigue resonando en el alma de los «pobres obreros innumerables de las batallas», y cuya alma se desborda de alegría y se eleva hacia el infinito.

La Palabra. — El martes 7 de octubre apareció el primer número de este «Semanario Liberal» dirigido y redactado por el doctor Ricardo A. Paz y Mariano Antonio Barrenechea.

Trae dos trabajos notables: «Las fuerzas morales», de José Ingenieros, y «El Arte y el Espíritu rusos», de Mariano Antonio Barrenechea.

En su artículo programa dice: *«Un liberalismo así entendido no comprende ni a los sectarios ni a los reaccionarios; no estará, pues, con quienes crean que la violencia es la única palabra del progreso, ni con los innumerables Panglors que creen que el estado actual es perfecto y que el mundo no ha de cambiar nunca.»*

Creemos que «La Palabra» cae en un error vulgar y se acerca a la simulación:

Hoy no hay ni puede haber sectarismo, pues que ya no hay tribus que autorizan las sectas.

Los partidos y las doctrinas podrán ser unilaterales, intolerantes, impetuosos, catastróficos, pero no sectarios que implica uniformidad absoluta. El término sectario hoy no tiene sentido alguno; es un término burgués, abaceril, perogrullesco y nada más.

Ni hay partido que tenga por programa la violencia. Si el flamante colega confunde revolución por violencia, es de lamentar tal confusión en la prensa sediante liberal.

La violencia es un engendro individual, producto de acciones externas y ajenas a la propia voluntad del ejecutante.

Y... ¿para qué más explicaciones?

S. L.

PARA LOS LECTORES

En el número 2 de "Vía Libre", que aparecerá el 11 de Noviembre, examinaremos, jurídica e históricamente, la sentencia de los jueces por la cual han sido condenados a seis años de penitenciaría nuestros correligionarios y amigos, Hermenegildo Rosales y Atilio Biondi, director el primero e impresor el segundo de "Bandera Roja"; el diario que eclipsaba a la prensa burguesa y socialista, y por cuyo motivo se conjuraron en su contra, y que son los vulgares delatores de su obra.

De mientras, vaya en este primer número de esta publicación, el saludo a los hermanos condenados como "honestos malhechores", el saludo solidario de los libertos por voluntad de la idea que nos sostiene de pie.